

Carta a Santiago

• Ixkic Duarte •

“Oigo un suspiro, a través de las tierras y la mar,
y no es un suspiro -es que mi hijo va a despertar”

José Martí

SANTIAGO, tu no vas a poder contarme como es el lugar en el que viviste antes de aterrizar aquí, previos nueve meses en mi barriga y violenta salida chillona entre mis piernas. Pero yo si puedo escribirte un poco sobre este mundo, no con la intención de que te arrepientas de venir, sólo para que comprendas que hagas lo que hagas, de este lado de la vida eres necesario hoy y con mayor urgencia en el tiempo lejano en que nacerás.

Seguramente me vas a preguntar por que tu nombre es Santiago: es el mismo que uno de los pueblos que rodean el lago de Atitlán, en Guatemala. Su belleza explicaría tu nombre, pero, no conformes con ella, sus habitantes se han distinguido por resistir a los

retrógradas gobernantes de

ese país por siglos,

por enfrentar

a los

poderosos,

pero no

eternos

señores

de

Xibalbá.

Quisiera

promete

te

que no

los

cono-

cerás, prefiero no mentir.

Los santiagueños han avalado con acciones y leyendas sus promesas: expulsaron a los que llegaron del infierno, el ejército se tuvo que ir por que los hombres y las mujeres de ese pueblo no querían ser asesinados cada dos por tres.

El pueblo está en las faldas de un volcán que, igual que tú, se llama Santiago. El es el vigilante del lago más profundo de Centroamérica. Atitlán se alimenta de intuidos ríos subterráneos, Atitlán se molesta casi todos los días a las seis de la tarde, por eso ni los santiagueños, ni nadie que sea sensato se arriesga a navegar a esa hora. Sólo tu abuelo, que nunca se ha caracterizado por ser como los demás, nada en el estómago del lago laguito hasta perderse de vista. Cuando era niña lo esperaba llorando en la orilla, sentada en una piedrita, él siempre regresó.

Ahora pienso que la mejor manera de morir es enredada en los largos dedos de Atitlán, por que ellos amarran los recuerdos con los sueños para ponerlos en nudos a los pies del volcán. Este alto velador maya los conservará en fuego, hasta el día en que los señores de Xibalbá por fin se tiren al mar.

Y tu abuela se desnudaba, en místico rito, frente a Atitlán, sorprendidos ambos, lago y mujer, de la belleza del otro, se reconocían iguales para enamorarse. Atitlán la trajo desde lejos y le contó en susurro-secreto la historia de un pueblo y su antigua guerra.

Y el papá de tu abuelo, tu bisabuelo, mi abuelo, el mejor de los hombres, el que se casó con la más bonita, estaba convencido, o me quería convencer a mi de que en Cerro de Oro, muy cerca de Santiago Atitlán, estaba un tesoro que los amigos de Tecún Umán habían enterrado para que los españoles no se lo robaran. Te recomiendo que no creas ese cuento, por que aunque de un buen gobierno, tu bisabuelo fue diputado y si eso no es suficiente para dudar, te digo que él me contaba con gran seriedad el cuento del elefante blanco.

Y tu bisabuela se paseaba hermosa sin ver el sol. Para ella las flores, todas las flores y los jocotes de corona, para ella cinco hijos con largas vidas, para ella

los pajaritos, una linterna en la noche y un remedio para la artritis, para ella todas mis palabras de cariño.

Te llamarás Santiago para decir lo que quieras. 

